

la Consejería de Cultura y Turismo de la Junta de Castilla y León, así como con el de la Diputación de Palencia mediante el convenio firmado con el Ayuntamiento de Santibáñez de la Peña con la misma finalidad. El proyecto ha contado también con el apoyo y la colaboración de las juntas vecinales de Santibáñez de la Peña y de Las Heras de la Peña.

El castro cántabro

El centro de este conjunto de yacimientos arqueológicos es el castro cántabro, alrededor del cual existe todo un dispositivo de asedio romano constituido por un campamento principal y varios fortines (*castella*) unidos por restos de una circunvalación y de una contravalación (las fortificaciones que unían campamento a campamento y cercaban el castro indígena). El asentamiento cántabro, conocido en la zona como “El Castro”, está emplazado en una loma situada a 1.124 metros de altitud y parcialmente acantilada por el suroeste y por el sureste, controlando el estrechamiento de La Hoz, donde se unen los ríos Valdavia y Las Heras y el arroyo de San Román. Es un castro de buenas dimensiones que ocupa una superficie de 10'18 hectáreas. En su punto más accesible del sector nordeste y norte dispone de un potente derrumbe de muralla con foso exterior. En el interior existe otro amurallamiento que, con la muralla exterior, forma un primer recinto de 2'7 hectáreas. El resto del asentamiento está protegido por cantiles, aterrazamientos y, presumiblemente, por otras fortificaciones todavía por descubrir.

Este castro es el más importante aparecido hasta el momento en la comarca del Alto Carrión y estuvo ocupado durante la IIª Edad del Hierro por una comunidad indígena de cierta importancia, según se ha constatado arqueológicamente. Probablemente perteneció al *populus* cántabro de los camáricos, cuya ciudad de Camárica cita el geógrafo griego Ptolomeo ya en el siglo II d.C. en esta zona meridional de la antigua Cantabria, al este de los cántabros vadinienses del área leonesa septentrional y del límite occidental de la Montaña Palentina. Inscripciones de época romana de las cercanas localidades palentinas de Dehesa de Montejo y Ruesga, en las que se cita a los camáricos o a su ciudad de Camárica, confirman que este fue el territorio de dicho grupo de los cántabros².

Aunque el castro de La Loma no puede ser identificado con la ciudad de Camárica del siglo II d.C., puesto que acaba su vida en el momento de las guerras cántabras, por su extensión y por la entidad de sus defensas tuvo que ser la “capitalidad” o uno de los núcleos más importantes de los camáricos antes de la conquista romana. Se trata de un verdadero *oppidum* central que se vio inmerso en este conflicto y que fue el objetivo del ejército romano durante alguna de las campañas militares que se sucedieron en el norte

² Con ellos hay que relacionar las Fuentes Tamáricas citadas por Plinio en Cantabria (*Naturalis Historia*, XXXI, 18, 23-24), tradicionalmente identificadas con La Reana (Velilla del Río Carrión), aunque las últimas investigaciones han venido a cuestionar esta identificación (FERNÁNDEZ ACEBO, 2003).



Fíbulas prerromanas del castro (Foto: E. Peralta).

peninsular entre los años 29 y 16 a.C., hecho que hace de este enclave castreño un lugar de una importancia excepcional tanto desde el punto de vista arqueológico como desde el punto de vista histórico.

Los trabajos arqueológicos en el asentamiento prerromano se han centrado básicamente en el estudio de las estructuras defensivas situadas frente al campamento romano principal, en sondear la segunda línea de muralla interna y en excavar al pie del castro en un corte de una pista moderna en una zona de vertedero en la que aparecían abundantes materiales arqueológicos.

Este último sondeo practicado al pie del castro en el vertedero ha aportado abundante fauna y materiales cerámicos (cerámica a torno pintada de tipo “celtibérico” y cerámica a mano) y metálicos como una singular fibula geométrica-zoomorfa con anillas, plaquitas, una aguja de bronce, una navaja de afeitar con cachas de hueso, etc., materiales todos ellos de finales de la IIª Edad del Hierro y encuadrables dentro de los repertorios ca-



Esquina de las murallas del castro frente al campamento romano (Foto: E. Peralta).

racterísticos de la Cultura del Duero y del mundo “celtibérico” meseteño. En otros sectores del castro se han realizado sondeos en la muralla interna, comprobándose que se asienta sobre restos de viviendas de la IIª Edad del Hierro. Los demás sondeos en diversas partes del yacimiento indígena confirman las mismas cronologías de finales de la IIª Edad del Hierro y la presencia de material militar romano relacionable con la toma del castro. Destacan el ocultamiento de tres grandes puntas de lanza indígenas con nervadura central aparecidas juntas en una hendidura del subsuelo rocoso, una fíbula de torrecilla de los siglos II-I a.C. y otras piezas de metalistería indígena, cerámica y fauna.

El sector que se ha excavado con mayor amplitud ha sido la esquina en ángulo de la muralla. Aquí la ladera es más suave y por ello las obras defensivas intentaron suplir las deficiencias del terreno con potentes fortificaciones. Se ha documentado que la muralla contemporánea de las guerras se asienta sobre otra muralla más antigua y que ésta disponía de una puerta que siguió en uso en la muralla más moderna hasta que fue cerrada en algún momento con un paramento regular de buena factura a base de lajas planas encajadas. La esquina interna redondeada de la puerta de la muralla antigua se utilizó como rampa de acceso a la muralla más moderna.

La muralla es una obra de gran envergadura cuya construcción sólo pudo ser abordada por una comunidad demográficamente numerosa y organizada porque tuvo que requerir una planificación previa y una gran inversión de tiempo y de mano de obra. El derrumbe



Bastión de las murallas del castro (Foto: E. Peralta).

actual por la cara externa alcanza más de doce metros de altura desde la cima a la base del terraplén. La anchura de la muralla más moderna superó probablemente los ocho metros, aunque la destrucción de la cara exterior en el sector excavado no permite una mayor precisión al respecto. Esta imponente defensa se completaba con un foso exterior en V de cuatro metros de anchura por otros tantos de profundidad tallado en el subsuelo rocoso, obra de envergadura que no se ha documentado por el momento en ningún otro castro del antiguo territorio cántabro. En total la línea defensiva tenía unos dieciséis metros de anchura.

Durante la última campaña arqueológica se descubrió la existencia en la ladera sur del castro, frente al campamento romano principal, de un gran bastión adosado a la cara externa de la muralla y de otros complejos amurallamientos relacionados con el mismo. La estructura defensiva exhumada mide, de acuerdo a lo excavado, unos quince metros de largo por unos cinco metros y medio de ancho. Se trata de una construcción bastante singular dentro de lo que conocemos de la poliorcética indígena del sector central de la Cordillera Cantábrica. Se documenta además que las defensas del castro fueron de mayor entidad y complejidad de lo que se sospechaba y que fueron reparadas y ampliadas en diferentes épocas (existencia de un refuerzo o reparación en la parte hundida del bastión, amurallamientos adosados que salen del mismo ladera abajo, torreón o pequeño bastión dentro del bastión grande). Todo ello explica que la expugnación del castro requiriese la intervención de unos contingentes del ejército romano de cierta entidad.

Por otra parte, se ha comprobado que toda esta estructura estaba en uso en el momento del asalto romano porque el material militar romano se documenta en todos los niveles excavados en el sector.

El paquete de tierra que cubría el sector excavado detrás de la cara interna de la muralla ha dado una secuencia de once unidades estratigráficas que han aportado abundantes materiales de la IIª Edad del Hierro. De forma esquemática podemos decir que los más superficiales proporcionaron bastantes restos de fauna (ovicaprinos y bovinos), cerámica indígena (a mano y a torno pintada), mangos de cuchillo de asta de ciervo, fichas de juego, piezas de telar (pesa y fusayolas) y metalistería de bronce y hierro fechables a finales de la IIª Edad del Hierro, así como materiales militares romanos (puntas de flecha de tres aletas) y restos humanos de un individuo de fuerte complexión, relacionables con el momento de destrucción del castro. El nivel inmediatamente inferior se caracterizaba por su color gris de ceniza de incendio y proporcionó abundante material arqueológico, tanto fauna (especialmente ciervo) como materiales cerámicos (a mano, “celtibérica” a torno pintada, pulimentada y decorada con estampillas e incisiones), fichas de juego circulares decoradas (una de ellas podría contener una suerte de mapa o esquema hipodámico de un establecimiento campamental romano), varios cuchillos afalcatados y de hoja recta, mangos de cuchillo de asta de ciervo y un mango del mismo material de una espada o machete de grandes dimensiones, plaquitas de bronce-cobre (algunas caladas), fragmentos de molino barquiforme, una fusayola, una aguja de bronce, agujas y otros fragmentos de fibulas, etc. Se trata de un material muy homogéneo y encuadrable cronoculturalmente en los repertorios conocidos de la IIª Edad del Hierro de la Submeseta Norte y de la Cultura del Duero.

Detrás de esta zona con abundantísima fauna doméstica y salvaje y pequeños cuchillos de mango de asta de ciervo, que probablemente deba relacionarse con un lugar destinado al despiece de animales, se excavó una construcción con zócalo a base de lajas hincadas y con restos de paredes de mantecado de barro con impronta de varas. El edificio tiene un suelo de arcilla apisonada con restos de un enlucido y es de planta rectangular algo irregular con ángulos redondeados. No parece una vivienda sino una construcción relacionada con la mencionada zona de despiece.

Los campamentos romanos

Al sudeste del *oppidum* indígena, sobre una eminencia alargada inmediata bordeada por el arroyo de San Román por el noroeste y algo más al sur por la localidad de Pino de Viduerna se encuentra el campamento romano principal. Tiene 5'9 hectáreas y es visible gran parte de su perímetro defensivo, formado por un *agger* o aterrazamiento de tierra y piedra en el que se ha documentado la existencia de una puerta con *clavicula* interna, elemento defensivo típico de la castramentación militar romana de campaña desde época cesariana hasta mediados del siglo II d.C., y que es determinante pa-



Puntas de lanza cántabras encontradas en el castro (Foto: E. Peralta).

los perros con el propósito de no dejarlas pasar con la comida, una broma que se terminó cuando ella se presentó un día en las calles de San Martín acompañada por su propio can, mucho más grande y fiero que los del pueblo vecino. “*Santo remedio*”, añade entre risas.

Fue al terminar su etapa escolar cuando a Esther, con sólo 14 años, le propusieron entrar a trabajar en el lavadero de la mina. Allí debía separar, manualmente, por supuesto, la piedra del metal junto a la propia María Ángeles, unos años mayor, y a otras mujeres, desde las nueve de la mañana hasta las cinco de la tarde. De los cuatro meses que ejerció esa tarea, Esther tiene gratos recuerdos, especialmente porque existía buen ambiente entre los obreros y porque, entre trabajo y trabajo, siempre había algún pequeño momento para la diversión y las bromas. Santos, recuerda esta mujer que hoy reside en Tarragona pero que cada verano regresa puntual a su cita con Ventanilla, solía ser el principal protagonista por su carácter bonachón e inocente. Como sueldo, Esther llevaba a casa cada mes 100 pesetas que venían estupendamente a la economía familiar.

Por su parte, María Ángeles Pérez recuerda con exactitud que su relación laboral con la mina de hierro de San Martín se prolongó durante 101 días, 101 jornadas que compartió con Esther y con otras chicas de Ventanilla como Elena Villa y Manuela, además de con los hombres que trabajaban en el interior del yacimiento. Como ellos, acudían a su trabajo en cuadrilla, a pie o, en el mejor de los casos, en bicicleta.

Mujeres y hombres conformaban, pues, una cadena de trabajo que finalizaba en San Martín, cuando los camiones cargados de hierro emprendían camino hacia la estación de tren de Vado, próxima a Cervera de Pisuerga. Desde allí, el hierro de San Martín, –que algunos califican de gran calidad, pero al que otros achacan importantes carencias–, viajaba en los vagones de la mítica Robla hasta Bilbao o hasta la localidad cántabra de Mataporquera, donde iniciaba un nuevo trayecto que culminaba en Santander. En uno y otro caso, desde Santander o desde Bilbao, el hierro de San Martín tenía Holanda como principal destino.

Durante un tiempo, el negocio del hierro pareció marchar sobre ruedas. Sin embargo, en sólo uno años, –cinco o seis, ni siquiera los lugareños aciertan a precisar con exactitud las fechas–, la mina de hierro de San Martín se vio abocada al cierre. A comienzos de 1958 fueron despedidos la mayoría de los trabajadores y en los meses de abril y mayo de aquel año sólo permanecieron en la mina cuatro empleados. En junio llegó el cierre definitivo¹⁶. Los motivos de aquel punto y final con el que se desmoronaron muchas de las ilusiones y expectativas de las gentes del Valle Estrecho quedaron en el aire y, hoy, cuando quienes ocuparon cargos de responsabilidad en aquel yacimiento ya han fallecido, nadie puede definir con precisión los motivos que llevaron al cese de la actividad.

Una de las teorías que más esgrimen quienes conocieron la mina es la que apuntan los hermanos Paulino y Adrián Pérez y que se resume en una palabra: dinero. Señalan ambos

¹⁶ Sólo quedó vinculado a la empresa Aparicio Calvo, que durante algún tiempo, hasta consumarse el desmantelamiento de la explotación, acudía ocasionalmente a la mina y vigilaba las instalaciones.

que la actividad minera se prolongó apenas unos años porque poner en marcha una fundición en las cercanías del yacimiento, –una de las maneras de rentabilizar los costes–, hubiera supuesto un fortísimo desembolso económico que nadie quiso afrontar, y porque, por otro lado, transportar el hierro, –la alternativa por la que se optó para dar salida al metal–, también resultaba ciertamente costoso. Aunque la explicación de los hermanos Pérez está cargada de lógica, también hay quien alude al halo de misterio que rodeó el cierre. Es el caso de Aurelio Merino Díez, –yerno del que fuera capataz de la explotación, Aparicio Calvo–, quien apunta que “*ahí hubo una madeja tan liada que ni se entiende*”.

Siguiendo esta misma línea, Laurentino García, vecino de Ventanilla y en aquella época encargado de los transformadores, recuerda que, aunque no se sabe bien qué fue lo que ocurrió, lo cierto es que Don Ramón, el bilbaíno que había invertido cuantías importantes en la mina, “*lloraba como un magdaleno porque le engañaron*”. “*Le dijeron que era un negocio muy próspero y había puesto mucho capital*”, precisa Tino, para que luego, en sólo unos años, todo se quedara en nada.

Convertida ya en un breve capítulo de la historia del Valle Estrecho, la mina de hierro de San Martín volvería a recobrar protagonismo años más tarde cuando, dicen en el pueblo, hubo un intento de reactivarla. El impulsor de la iniciativa fue, según recuerdan Prudencia Redondo y su hija Rosa Blanco, el padre de Mari Cruz Soriano, periodista que adquiriera una considerable fama en la década de los noventa al lado de Jesús Hermida. Sin embargo, “*todo quedó en una simple habladuría*”, precisan las dos mujeres mientras aprovechan las placenteras tardes de agosto para disfrutar de la tranquilidad del pueblo y repasar las costuras de algunas viejas alfombras. Parece ser que incluso se realizaron sondeos posteriores en otras montañas de Ventanilla, pero, definitiva e inevitablemente, el hierro fue poco a poco cayendo en el olvido.

Cuna de maestros madereros

En lo más profundo de las entrañas de este paraíso natural de la Montaña Palentina brotan ricas masas forestales, sobre todo de hayas y robles –con una madera de una calidad inigualable–, que también representaron durante siglos un complemento a la economía casi autárquica, tradicionalmente agrícola y ganadera, de hombres y mujeres a los que la necesidad obligó a desarrollar destreza para convertirse en carreteros y maestros madereros¹⁷. Los más mayores de Rebanal, San Martín y Ventanilla aún recuerdan cómo sus padres,

¹⁷ Como se ha señalado en la introducción, el diccionario de Pascual Madoz de mediados del XIX señalaba que en Ventanilla vendían “puertas de haya, escaleras de mano y carbón de fragua”, y añadía que en Rebanal era práctica habitual la carpintería, “a la que son muy apasionados sus moradores y los de los pueblos comarcanos”. También en San Martín se destacaba la práctica de la “carretería”. Madoz, Pascual: Palencia, Diccionario geográfico-estadístico-histórico, (ed. facsímil), Ámbito, 1999, Valladolid.

tíos y abuelos heredaron de sus ancestros el trabajo en el monte, en unos bosques y parajes convertidos en fuente de ingresos, “*aunque sólo fuera para malvivir*”, en unos tiempos en los que el hambre estaba a la orden del día.

“*Nacimos entre madera*”. Con esta escueta frase, echando la vista atrás, Paulino (1929) y Adrián Pérez (1932) hacen referencia al bien natural que durante años se convirtió en sustento de sus familias –complementado con la siembra y el ganado–, y que marcó su infancia y su juventud hasta que, como otros, se vieron obligados a apostar por otro trabajo y otra calidad de vida. De aquella época entre la madera les queda, además de vivencias personales, la satisfacción de ver aún en muchas casas de su propio pueblo y de otros de la geografía palentina las puertas y portones que fabricaron con sus propias manos, que parecen haber sabido mantenerse al margen de las inclemencias del rudo tiempo de la Montaña Palentina y de la meseta castellana y siguen presumiendo de una inalterable fortaleza.

Inacabables jornadas en el monte, horas y horas expuestos al frío, largos días fuera de casa, mucho esfuerzo... pero también anécdotas, entrañables imágenes de familiares ya desaparecidos y felices regresos al hogar con las alforjas llenas son algunos de los recuerdos que guardan quienes se dedicaron al oficio maderero en el Valle Estrecho; unos recuerdos en los que nos adentraremos un poco más dejándonos guiar por sus testimonios.

Cuentan Paulino y Adrián que desde tiempos remotos poseía Rebanal un privilegio concedido por el rey para cortar madera y elaborar útiles con ella. Aunque reconocen no saber a qué época se remonta este privilegio real ni quién fue ese monarca, sí recuerdan que cuando nacieron muchas familias de Rebanal, San Martín y Ventanilla ya vivían de la madera.

Siendo sólo unos niños se vieron obligados por la necesidad familiar a acompañar a su padre al monte en busca de la materia prima que luego debían convertir en puertas y portones (simples o dobles), en escaleras, en cambas para los arados, en armaduras para recoger la hierba en los carros, en zarzos para la paja, en collares para los terneros, en carretillas, yugos, rastrillos y en cualquier otro producto que les fuera encargado. “*Como no había puntas, utilizábamos rejones*” (duros clavos de astilla utilizados para unir la madera), explican los hermanos Pérez. De ahí viene, precisamente, el apodo de ‘rejones’ con el que se nombra a los oriundos de Rebanal de las Llantas.

Era una vez concluidas las tareas agrícolas propias del verano, recogido el grano y barrida la era, cuando los maestros madereros compraban al alcalde una subasta de ochocientos o novecientos árboles y hacían las tres salidas al monte que autorizaba la correspondiente Jefatura –cuyos ingenieros se llevaban un 15 por ciento del precio final– para cortar, sobre todo, roble, haya y chopo. La tala siempre debía coincidir con la fase menguante de la luna. Cortada la madera, llegaba el momento de afrontar la tarea más dura del proceso, la de arrastrarla monte abajo o monte arriba hasta donde pudiera ser echada al carro. Para ello, la ataban con cuerdas o con cadenas y la arrastraban, bien manualmente o bien con la ayuda de las vacas y bueyes si el peso de las piezas sobrepasaba lo humanamente admisible.



Odón Redondo Vega (San Martín), a la izquierda, y Félix Blanco Sierra (Rebanal), a la derecha, junto a Lupicinio Blanco (en el centro) y su mujer María Díez. Odón y Félix eran dos de los vecinos del Valle Estrecho que trabajaban con la madera y que luego vendían los aperos, carretillos, puertas y escaleras por Tierra de Campos.

Según recuerda Paulino Pérez, en Rebanal acudían al monte Canavigel a cortar el lote autorizado, para lo que era necesario llevar a mano una guía expedida por la Jefatura de Montes que rezaba así –dice de carrerilla–:

“La madera labrada que en un carro conduce [nombre del vecino], de Rebanal de las Llantas, pertenece a [número autorizado] árboles del monte Canavigel, que fueron rematados por [otro nombre] en subasta. Y, para que conste, se firma la presente en...”

Los ebanistas del Valle Estrecho tomaban un primer contacto con la madera en sus talleres caseros, donde la serraban, barrenaban y encaraban (la daban forma rectangular). Luego la llevaban a las serrerías de Cervera y Vado y la convertían en tablones. Una vez obtenidos los listones, era el momento de regresar a casa para lijarlos y comenzar el proceso de transformación.

Durante días, las familias de madereros se dedicaban casi exclusivamente a elaborar los útiles que, una vez llegado el invierno, iban a vender por los pueblos de los alrededores y a otros más lejanos, en unos viajes que tenían fecha de inicio, pero nunca de fin. Y es

que, el regreso, señala Prudencia Blanco Redondo (1926), sentada en la bancada de piedra del exterior de su casa de San Martín, “*dependía de cómo fuera la venta*”. A veces era tan fructífera que en unos pocos días se volvía al hogar, aunque sólo para cargar más material y emprender una nueva ruta de venta de pueblo en pueblo al grito de “*¡escaleras, puertas, portones, rastrillos, todo en madera!*”. “*Yo, que era una chiquita, me moría de vergüenza cuando mi padre daba aquellas voces*”, recuerda Prudencia con nostalgia y ahora entre risas.

En aquellos viajes que comandaba el cabeza de familia solían acompañarle, por lo general, los hijos más mayores, aunque sólo fueran unos niños y tuvieran que dejar aparcadas por unos días las lecciones de la escuela. Como relatan quienes entonces cambiaban el colegio por la aventura de recorrer los pueblos, en aquella época era mucho más importante que las letras buscar el sustento y menguar la soledad del padre en jornadas tan largas y cansadas. Al fin y al cabo, aquellas rutas y experiencias también constituían lecciones de la propia vida. En ocasiones, los viajes eran compartidos por varias familias que recorrían juntas los pueblos, comían y dormían juntas, añoraban el hogar juntas y también reían juntas cantando unos chascarrillos que Prudencia Blanco recita sin el más mínimo titubeo, haciendo alarde de una memoria prodigiosa pese a los 81 años que la acompañan. Algunos hacen referencia a la rivalidad, sana, pero rivalidad al fin y al cabo, que siempre ha existido entre pueblos vecinos:

*Mocitos en Arbejal,
mejores en Ventanilla,
y en el pueblo de San Martín
está la mejor cuadrilla*

*Ventanilla es una villa,
San Martín una ciudad,
y un poquito más arriba,
los chozos de Rebanal*

*Al entrar por Santibáñez,
lo primero que se ve,
son las ventanas abiertas
y las camas sin hacer*

A otros no les faltaban dosis de humor y picardía:

*En Rebanal hacen puertas,
en San Martín carretillos,
en Ventanilla las cunas
y en Cervera los chiquillos*

Años después, la inventiva popular también dio lugar a algún dicho que ya reflejaba la constante marcha de hijos e hijas del Valle Estrecho y daba cuenta del fantasma de la despoblación:

*Tente tieso Ventanilla,
que Rebanal ya cayó
y a San Martín le sostienen
entre Trinis y Amador*

Otras dos letrillas aparecen en el cancionero recopilado por Carlos Antonio Porro en Rebanal de las Llantas. La primera de ellas recuerda el reclamo que gritaban los montañeses para vender sus productos de madera:

*¡Ha llegado el portero!
¡Puertas!, ¡escaleras!, ¡carretillas!
Se cambian hayucos por legumbres,
da igual garbanzos que alubias.
También traigo cambas de arado,
y si no lo vendo aquí,
ya las venderé en otro lado*

*Si quieren saber señores
dónde reina la alegría,
en el pueblo de Rebanal
reina de noche y de día¹⁸*

¹⁸ Porro, Carlos Antonio: Disco compacto La tradición musical en España, Archivo de la tradición oral en Palencia, La Montaña Palentina: Rebanal de las Llantas (volúmenes I, II y III), Tecnosaga, 2000, Madrid.

Estas y otras creaciones populares, con o sin música, amenizaban sobremanera los largos días que los madereros pasaban alejados de su valle. Fueran una o varias familias juntas, la ruta de estos maestros de la madera comenzaba en Cervera de Pisuerga para, desde allí, abrir distintas vías. Las familias de Prudencia y de Paulino y Adrián Pérez continuaban después camino en dirección a La Peña, seguían por La Valdavia, llegaban hasta Saldaña y, desde la villa de la Virgen del Valle, tomaban dirección a Sahagún. En algunas ocasiones, rememora el pequeño de los Pérez, “llegamos a Gordaliza del Pino y Valdespino”, en la provincia de León.

Prudencia también viajó con los útiles de madera, especialmente con las escaleras de haya y los rastrillos, –“que eran lo más apreciado”–, a la feria de San Isidro de Aguilar de Campoo, localidad donde se iniciaba otra ruta que llevaba el grito de los madereros del Valle Estrecho por Alar del Rey, Hijosa, Ventosa y hasta Osorno.

Además, la villa galletera suponía el punto de inicio del camino hacia Burgos que, en varias ocasiones siguió Aurelio Merino Díez (1929), vecino de Ventanilla y memoria viva de lo que la madera significó también para su familia y otras de su pueblo. “Me tocó ir a vender hasta Villadiego”, enfatiza recordando aquella lejana época en la que apenas era un crío de seis años que vendía escaleras, puertas, carretillas y ruedas de madera con su padre, Antonino Merino, y su tío Pedro Díez. Sotresgudo era otro de los pueblos burgaleses a los que llegaba el grito de los madereros del norte palentino, dentro de aquellas rutas que también se heredaban de padres a hijos.

Una de las rutas más habituales era la de Tierra de Campos –que llegaba, incluso, a Mayorga de Campos, ya en Valladolid–, donde la importante actividad labriega hacía prácticamente imprescindible la visita anual de estos maestros de la madera.

Viajaran en una u otra dirección, lo importante para todos era retomar el camino de vuelta a casa con el bolsillo lleno de monedas para hacer frente al resto del año y con el carro repleto de garbanzos, alubias y legumbres, así como de trigo, bacalao, harina y todos aquellos alimentos que escaseaban en el Valle Estrecho. El vino de aquellas lejanas tierras era otro de los preciados productos que los madereros cargaban en sus carros, “en carrales de 18 ó 20 cántaras. Debían ajustarlas en las raberas o curvas costillas de madera para que, ancladas al extremo del carro, aguantaran las costaladas y pesados vai-venes de las vacas”¹⁹. Y es que, la obtención de estos productos tan poco frecuentes en la zona montañesa era otro de los motivos que empujaba a los maestros madereros a viajar de pueblo en pueblo. Si en el viaje de ida iban cargados de los productos que habían elaborado y que les permitían ganar un dinero, en el viaje de vuelta portaban aquellos alimentos que ellos apenas eran capaces de producir.

¹⁹ Porro, Carlos Antonio: Libreto introductorio al disco compacto La tradición musical en España, Archivo de la tradición oral en Palencia, La Montaña Palentina: Rebanal de las Llantas (volúmenes I, II y III), Tecnosaga, 2000, Madrid.



Desde la izquierda, Aurelio Merino, Fortunato Merino e Hilario Villa, los tres de Ventanilla, Santos Díez, de Rebanal de las Llantas y Javier, de Arbejal. En la sierra de Cuca, en Cervera, en 1960.

No siempre se compraban aquellos alimentos; en ocasiones, vendedores y compradores recurrían a la práctica ya casi olvidada del trueque. No es de extrañar, pues, que todos los protagonistas de esta historia recuerden haber intercambiado los útiles de madera o, más aún, los hayucos que recogían en los montes del Valle Estrecho por tarros de garbanzos u otras legumbres abundantes en los pueblos que encontraban a su paso.

Durante la época de la posguerra, en los años cuarenta, en tiempos del estraperlo, los viajes de los vecinos del Valle Estrecho fueron especialmente difíciles, ya que estaba prohibido comerciar con alimentos. Aunque los montañeses retornaban a sus pueblos con legumbres y vino para su propio consumo, no para comerciar con ello, debían tener mucho cuidado de que los guardias no les detuviesen y les arrebatasen su mercancía. “Andábamos a deshoras, por las noches, para que no nos viesan. También preparamos en los carros un doble fondo para poder esconder ahí los alimentos que habíamos comprado. En cierta ocasión recuerdo que escondimos en dos cubas de vino un cargamento de alubias, en una cuba llevábamos alubias blancas y en la otra alubias pintas. Las habíamos comprado en Villarrodrigo, cerca de Saldaña”, recuerda Paulino.

La doble satisfacción que suponía volver a casa y, hacerlo además provistos de todos aquellos manjares es, sin duda, el mejor recuerdo que conservan todos los que vivieron de la madera, aquel “negocio tan esclavo y con tantos fríos y tantos aguaceros”. Pero también se han quedado grabadas en su memoria decenas de anécdotas que darían por sí

solas para escribir un libro y que, ni las penurias de entonces, ni los años de ahora han conseguido borrar. Ejemplo de aquellas peculiares y particulares vivencias es la Nochebuena en la que Adrián Pérez se perdió en el páramo antes de llegar a la localidad palentina de Villasur, a causa de la niebla. Poco o nada le ayudó el farolillo que solían llevar colgado en los bajos del carro a modo de señalización. También su hermano Paulino recuerda haber pasado alguna Navidad lejos del calor del regazo materno, concretamente en Melgar de Abajo, donde, recuerda entre risas, cenó unas estupendas patatas con bacalao. El frío está también muy presente en los recuerdos de ambos hermanos, quienes para combatirlo, desayunaban *“pan con una copita de aguardiente”*, alentados por su propio padre con un: *“bebe chiguito, para que entres en calor”*.

Prudencia, por su parte, tiene muy presente en sus recuerdos la Venta Cuerno, una casona aislada y levantada en torno al cruce en dirección a Santibáñez de la Peña que se toma llegando desde Roscales. En esta última localidad, dice dibujando aún el asombro en su rostro, *“ví limpiar un chicharro por primera vez en mi vida”*. No ha olvidado tampoco anécdotas de aquellos viajes con la madera el marido de Prudencia, Lupicinio Blanco Díez (1927), quien recuerda con plena lucidez la última marcha que realizó con su padre, Félix Blanco Sierra, residiendo aún en su Rebanal natal –luego se casaría y trasladaría su residencia a San Martín–. En aquel viaje, recuerda, *“se nos murió una vaca”*.

La desgracia también está presente en los recuerdos de Aurelio Merino, quien con una sonrisa llena de melancolía cuenta cómo en una ocasión, regresando a casa desde Cenera de Zalima con su tío, y después de haber ganado 47 pesetas, *“se le cayó la cartera sin que se diera cuenta y lo perdimos todo”*. Ni qué decir tiene, aquel suceso representó una enorme desdicha para una familia en la que, subraya Aurelio, *“no teníamos nada”*. Tanto era así, continúa en su relato, que *“una vez mi madre me compró unas zapatillas para la fiesta de Nuestra Señora de las Migueras [la actual fiesta de la Inmaculada Concepción del 8 de diciembre] y, como no quería romperlas, me las quité mientras jugaba con los otros chavales, las dejé al lado del corral y me las comieron los chones”*.

En un contexto marcado por el trabajo de sol a sol, la escasez y el hambre, más optimista resulta el apunte que realiza Benito Pérez –hijo de Nicolás Pérez, otro de los maestros madereros de Ventanilla–, quien recuerda con emoción la desbordante ilusión con la que, siendo bien chico, cargó un costal de hayucos en el carro de su padre, para luego venderlos.

Un recuerdo común a todos estos protagonistas es el buen trato que recibían allí donde llegaban para comer o hacer noche. Así, cuentan que, aunque era costumbre que las propias familias llevaran carne cocida y patatas para su manutención en los días que estaban fuera, no resultaba extraño que en las ventas en las que se hacía un alto en el camino para descanso propio y de los animales –cuando no se dormía debajo del carro, sin más–, las venteras se brindaran a prepararles ese agradecido plato de patatas caliente.

Aunque aún podemos hoy recuperar este viejo anecdotario, digno de ser escuchado o leído por unas nuevas generaciones que no deben olvidar de dónde vienen y el esfuerzo

que para sus antepasados supuso darles lo que hoy tienen, desgraciadamente muchos otros testimonios se han perdido para siempre con el adiós de aquellos que las vivieron en primera persona. En todo caso, justo es hacer extensiva esta historia de los maestros madereros del Valle Estrecho a las familias de todos y cada uno de los protagonistas, a las de Pedro Pérez, Vicente Villa, Eusebio Merino, Nicolás Pérez, Evelio Redondo, Albino Redondo, Odón Redondo, Celestino Valle, Benito Abad, Félix Blanco, y a las de algunos otros a los que la desgastada memoria de los propios lugareños no acierta ya a recordar, pero que también contribuyeron a forjar esta bella historia hoy casi olvidada en la Montaña Palentina.

Olvidada porque inscribió su punto y final hace ya muchas décadas, en torno a la llegada de los años sesenta del siglo pasado, cuando surgieron los talleres modernos, para los que, dicen Paulino y Adrián Pérez, *“éramos una dura competencia”*. De hecho, aquellas carpinterías emergentes denunciaron la práctica de la venta ambulante de útiles, lo que supuso el principio del fin de este negocio.

No les quedó, pues, a los maestros madereros del Valle Estrecho, otro remedio que seguir trabajando la madera de puertas para adentro –elaborando algún producto para uso propio o por encargo de un vecino–, o acogerse a ese dicho que señala que, si no puedes con el enemigo, debes unírte a él, y, de esta manera, entrar a formar parte de la plantilla de las nuevas y modernas empresas. Una opción, ésta última, a la que se vieron abocados los hermanos Pérez de Rebanal, quienes estuvieron empleados en Maderas Iglesias, en Cervera de Pisuegra, una sociedad impulsada por quien años antes había probado suerte con la mina de hierro de San Martín, Felipe Iglesias, y sus hermanos Gabino y Emilio. No obstante, no fue ésta la única carpintería nacida en la zona de influencia de la villa cerverana. También, recuerda Dámaso Martín, fiel veraneante de San Martín de los Herberos, surgieron las sierras de Camisina, Cuca, Ascendino y los famosos Cabeza.

La hora del carbón vegetal

No dudan en ratificar aquello de *“hombre de muchos oficios, pobre seguro”*, aunque los hermanos Pérez de Rebanal representan en sus mismas personas la historia más reciente del Valle Estrecho. Nacieron entre escaleras, portones, carretillos...; participaron también en las tareas labriegas, el cuidado de los animales y el mimo al huerto mientras se forjaban como maestros madereros; probaron suerte en la mina de hierro y, antes de convertirse en trabajadores de las modernas carpinterías y de marchar, después, a la capital palentina en busca de una ansiada estabilidad laboral, fueron también expertos en la fabricación de carbón vegetal. Y es que, también a los restos de la madera cortada en las limpietas de montes se les daba una utilidad.

Recuerdan Adrián y Paulino que fueron maestros de Cevico Navero quienes les enseñaron paso a paso el proceso de elaboración del carbón vegetal. Esta actividad, no obstante, se practicaba desde hace siglos en toda la Montaña Palentina y también en el Valle

Estrecho. En Santibáñez de Resoba, por ejemplo, hubo vecinos como Cristóbal Redondo que elaboraron el carbón vegetal hasta los años cuarenta en la Dehesa de Resoba²⁰.

La limpieza y el allanamiento del terrero elegido para construir la parva en la que debía generarse el carbón vegetal constituía el primer paso del proceso, que continuaba con la colocación de los menudos de madera formando un círculo de unos cuatro metros de diámetro, elevándose hacia arriba con forma de cono. La madera más menuda se colocaba en la parte inferior, y encima los trozos de mayor volumen. Los espacios entre las trozas se rellenaban con madera más chica para que la parva fuera lo más densa y consistente posible. También era usual colocar un poste de madera robusta en el centro de la pila para facilitar su construcción y para crear la chimenea principal.

El siguiente paso en este proceso, que tan bien reflejó el director de cine Montxo Armendáriz en su película ‘Tasio’ (1984), consistía en recubrir la madera con paja, hojas, pasto grosero y tierra, hasta conformar una capa de entre diez y veinte centímetros de espesor. Finalmente, se realizaban algunas tomas de aire en la base de la parva, se sacaba el poste central y se introducía por ese agujero superior una palada de madera y ascuas de carbón encendidas. Cuando un humo blanco y denso salía de esa chimenea, daba cuenta de que el fuego había tomado y de que la combustión había comenzado correctamente.

Así pues, ya sólo quedaba esperar, tapar con sumo mimo cualquier grieta que se abriera y controlar que todas las bocas de aire quedaran abiertas en la base del cúmulo para la correcta circulación de los gases calientes. Ese cuidado, recuerdan los hermanos Pérez, conllevaba que incluso tuvieran que hacer noche junto a la parva para vigilarla constantemente, una tarea en la que también les acompañaron en ocasiones su tío Rafael Pérez y Miguel Díez, que aprendió este curioso oficio con los hermanos como maestros. Lo fundamental en esa vigilancia era que por ninguna de las bocas de aire llegara a verse calor rojo; si éste aparecía, los carboneros debían cerrar inmediatamente esa boca para evitar que el producto se perdiera finalmente. “*Para vigilar el carbón hacíamos unas casetas de madera que forrábamos con césped y sacos viejos. Allí dormíamos, eran muy calientes. Un año, de doce meses me pasé nueve en el monte*”, señala Adrián.

El tiempo requerido para completar la combustión dependía de la humedad de la leña y de la regular circulación del gas dentro de la parva. En todo caso, era el color del humo emergente el que indicaba cómo discurría el proceso de fabricación del carbón vegetal. En el curso de los días debía volverse azulado y finalmente alcanzar la práctica transparencia. “*Cuanto más rápido se quemara, peor carbón*”, señala Adrián al respecto. Por último, cuando se consideraba que la quema había finalizado, se tapaban todas las bocas de entrada de aire, así como la chimenea central, con ladrillos o piedras con arcilla. Ya sólo restaba esperar unos días al enfriamiento total de la parva para comprobar el resultado.

²⁰ Aquel carbón era llevado luego a Palencia en camiones. Madoz señala la elaboración de carbón vegetal en el siglo XIX en Ventanilla, y también en pueblos cercanos como Resoba.



Procesión del Bendito Cristo, que cada año se celebra en Rebanal el 6 de agosto, en una imagen de los años sesenta.



Cofradía del Santo Cristo de Rebanal, a finales de los años sesenta, en la calle La Iglesia.

dido por ellos en 38 prefecturas y 111 subprefecturas, lo que concede a Cervera un relieve singular. Se comprende fácilmente que eso supone un importante impulso político para la localidad, donde queda asentada una guarnición permanente de unos 400 hombres que tienen como misión atender las necesidades militares de la mayor parte de la comarca que hoy conocemos por Montaña Palentina. La tropa se aloja en el convento de los Agustinos, en unos terrenos que se conocen todavía con el nombre de El Convento (los principales edificios han desaparecido). Por desgracia, no se conoce bien la historia de este periodo en Cervera, que no figura para nada en lo mucho que se ha escrito sobre la Guerra de la Independencia, salvo en unas escasas actas municipales.

Cuando los franceses abandonan España he de referirme a una segunda cuestión que tiene importancia para Cervera. Se trata de la división del país en provincias hecha en 1833 por Javier de Burgos (a pesar del apellido es granadino), que se consolidó de forma definitiva y es la que tenemos hoy día salvo ligerísimas variantes. Es consecuencia de la división francesa de 1810, en la que Cervera forma parte de una provincia llamada Cabo Mayor que englobaba lo que hoy conocemos como Cantabria, más Aguilar de Campóo y Cervera, con la raya de división en las tierras de Alba. Eso significaba que la actual provincia de Palencia estaba cortada en la zona norte, salvo las tierras de Guardo y el Carrión occidental, de ahí la importancia de Cervera, convertida en subprefectura.

Pero volvamos a los años siguientes. Hubo un intento de división provincial en 1822 (en el que desaparece Palencia), y finalmente la de Javier de Burgos, que se acepta como definitiva. Poco después se crean los partidos judiciales, que se adaptan a las divisiones provinciales. En Palencia se han creado ya siete, de todos conocidos, aunque en la actualidad sólo funcionen tres, afortunadamente uno en Cervera, que se mantiene a pesar de los constantes ataques de la periferia del partido judicial. Es de suponer que el partido de Cervera, el más extenso de la provincia en su creación, lo fuera por las circunstancias descritas de la subprefectura francesa. Como también la existencia del partido judicial es la referencia en la política de los partidos durante todo el siglo XIX y parte del XX (distritos electorales), una etapa en la que Cervera posee un nombre importante.

La Junta Revolucionaria de Cervera

Paso ahora a la década de 1860, sin tocar acontecimientos como las guerras carlistas o los constantes cambios políticos de la época. En vísperas de 1868, la situación es tremenda. La Reina Isabel II y su gobierno se encuentran muy debilitados y el país sufre una crisis económica importante, que se agrava por las malas cosechas de esos años. En España hay tres partidos importantes:

La Unión Liberal, procedente de las transformaciones del partido moderado y que en términos actuales sería la derecha. Tras la muerte de O'Donnell es dirigida por el general Serrano, que pacta con el resto de partidos para derribar a Isabel II en el Pacto de Ostende.

El Partido Progresista, que para entendernos sería el centro. Su jefe natural era el general Prim y se sustentaba en gran parte por las clases medias y en las zonas rurales por los nuevos propietarios que iban acrecentando sus recursos con la desamortización Mendiábal-Madoz. Otro dirigente de los progresistas era Sagasta.

El Partido Demócrata, fundado en 1849 por elementos del Partido Progresista y que sería lo que hoy consideramos la izquierda. Su jefe era en aquellas fechas Figueras, pero emergía con fuerza la figura de Castelar.

Prescindo de citar otros grupos situados en ambos extremos, muchos nacidos tras las divisiones ocurridas después de 'La Gloriosa', para contar lo ocurrido en España y en Cervera la tarde del 30 de septiembre de 1868. En el ámbito nacional han ocurrido tres notables sucesos:

1º La sublevación de la Armada en la bahía de Cádiz el 19 de septiembre, bajo el mando del almirante Topete. Detrás de la sublevación se encuentra como principal promotor el general Prim. Hay un manifiesto que hace célebre el grito de "*¡Viva España con honra, abajo los Borbones!*".

2º Un ejército que avanza el 28 de septiembre desde Andalucía a Madrid mandado por Serrano se enfrenta en el puente de Alcolea (Córdoba) con otro dirigido por Novaliches, defensor de la reina Isabel II. Tras una breve escaramuza se rinden las tropas isabelinas.

3º Isabel II, que se había refugiado en San Sebastián, atraviesa la frontera francesa y se exilia para no volver jamás. Eso ocurre el 30 de septiembre y supone el triunfo de la Revolución de 1868, 'La Gloriosa', y el comienzo del Sexenio Democrático (1868-1874). Aquí enlace con la historia de Cervera.

El Ayuntamiento existente antes del triunfo de la Revolución celebra su última sesión el 11 de septiembre, siendo alcalde Cosme Sobrado. Estas son sus últimas firmas.



Sin ninguna resistencia, el día 30 de septiembre se reúnen en el Ayuntamiento un grupo de personas, creo que progresistas, y acuerdan lo siguiente:

“Acuerdos / 30 Sebre 1868

En la villa de Cervera de Río Pisuerga á treinta de setiembre de mil ochocientos sesenta y ocho entre seis y seis y media de la tarde levantaron la voz de viva el general Prim, viva la soberanía nacional, viva la libertad, viva la marina y el ejercito y abajo los Borbones, quedando constituida la junta revolucionaria en los Señores siguientes:

D. Eugenio Huidobro, presidente (propietario)

D. Cesáreo Huidobro, vicepresidente (propietario)

Vocales

D. Francisco Cosio Cuenca (propietario)

D. Eloy Cosio Cuenca (propietario)

D. Bernardo González (zapatero)

D. Juan Salvador (albéitar)

D. Juan Cosio Cuenca vocal y secretario.

Con lo que se dio por terminada la sesión de que certifico”

Siguen las firmas de los personajes aquí citados y un sello ilegible. Los oficios de cada uno de los cargos nombrados son un añadido mío.



Acta primera, del 30 de septiembre de 1868.

La proclamación de ‘La Gloriosa’ en Cervera, que se produce el mismo día que sale de España Isabel II, siempre me ha tenido intrigado. Así que he investigado la posibilidad que tenían en el pueblo de recibir con esa rapidez las noticias de lo que sucedía en el resto del país. He encontrado pocos datos, pero pueden servir de guía. Cuando se produce la Revolución ya está en servicio la línea de ferrocarril Palencia-Santander. La línea de la Robla, por el contrario, no entrará en servicio hasta finales de siglo. También estaba en funcionamiento la línea de telégrafo eléctrico entre Palencia y Santander. Mis datos son escasos sobre ella. Se pone en marcha en 1861 y tiene dos estaciones telegráficas intermedias: Reinosa y Torrelavega. No he conseguido datos sobre su situación en 1868, pero creo posible que a través de uno de estos medios llegaran las noticias a Cervera.

Los días siguientes la actividad es frenética. Se celebran numerosas reuniones y existen hasta 13 actas del mes de octubre, en las que se acuerdan distintas medidas y se recoge lo siguiente:

1ª (1 de octubre): Convocan elecciones por sufragio universal en las que podrán votar los varones de más de 25 años.

2ª (2 de octubre): Votación y lista íntegra de votantes, que suman un total de 108 hombres. Son: 1) D. José de Iragoaga, 2) D. Francisco Montes, 3) Aniceto Huidobro, 4) Ildefonso Ruesga, 5) Julián Ferrer, 6) Bernardo González, 7) Emeterio Hernando, 8) Aniceto Ibáñez, 9) Francisco Rodríguez, 10) Victoriano Merino, 11) Juan Ruesga Mayor, 12) José Barreda, 13) Pedro Jorrín, 14) Tomás Ruesga, 15) León Cabeza, 16) Eustaquio Jaulín, 17) D. José Gómez, 18) Alejandro Presa, 19) Pedro Cerezo y Cerezo, 20) Roque Bregón, 21) José Aguado, 22) Gaspar Cabeza, 23) Lucas Ibáñez, 24) Francisco de Celis, 25) Juan Ruesga Menor, 26) Antonio Hernández, 27) Marcos Montes, 28) Félix de Aspet, 29) Enrique Montes, 30) Martín Ramos, 31) Hilario Gato, 32) Pedro Valdibielso, 33) D. Ángel Crespo, 34) Isidoro Ruesga, 35) Julián Díez, 36) Francisco Merino, 37) Santiago Barreda, 38) Canuto Barreda, 39) Juan Barcárcel, 40) Felipe Casero Ruiz, 41) Domingo Cuesta, 42) Romualdo Cuenca, 43) Cosme Sobrado, 44) Cayetano Morante, 45) Tomás Gil, 46) Andrés Rodríguez, 49) Santiago Herrando, 50) Joaquín Igelmo, 51) José Pombar, 52) Felipe Gutiérrez, 53) Fernando Meléndez, 54) Leoncio Blanco, 55) Francisco Gutiérrez, 56) Leocadio Montes, 57) Gaspar Ortega, 58) Cristóbal Barreda, 59) Antolín Martín, 60) Cándido Ferrer, 61) Felipe Montes, 62) Lorenzo Ferrer Mayor, 63) Telesforo Cardaño, 64) Bernardo Blanco, 65) Julián Bejó, 66) Juan Manuel Cajigal, 67) Nicolás Doce, 68) Pedro Cerezo Vega, 69) Juan Gutiérrez, 70) Demetrio Cerezo, 71) D. José Mª Arrieta, 72) Valentín Ibáñez, 73) Felipe Gutiérrez, 74) Francisco Ortega, 78) Vitoriano Doce, 79) Cipriano Isla, 80) Gregorio Rodríguez, 81) José Ruesga, 82) Pedro Gómez Mayor, 83) Prudencio Gómez, 84) Hilario Herrero, 85) Toribio Montero, 86) Cipriano Rubio Cosío, 87) Ignacio Nestar, 88) Julián Doce, 89) Faus-